

Dibujo de FRANCISCO NIEVA



del bailarín, pero no quise observarla. Mi atención estaba prisionera en la pista. El chico bailaba y bailaba. Ahora podía verle bastante más claro. Era negro. Guapo. Estilizado. Se me antojó un hombre del futuro.

El antro se fue llenando de gente. Pero todos se quedaban en la barra, o a lo más en los contornos de la pista. Nadie osó invadir su territorio. Nadie habló. Llegué a pensar que estaba preparado. Que todos venían como espectadores avisados, conociendo de antemano a qué venían. Pero, sin embargo, fui testigo de cómo todo sucedía espontáneamente, como algo mágico. El espectáculo era extraordinario: el negro bailó durante horas cada vez más suelto y exaltado; cada vez más prodigioso, sin descanso. Siempre mirando a la Luna. Dios, que hermosa se está poniendo, con sus ojos de volcán rasgados y sus labios nube de carmín. Hechizada por la danza. Iluminada por los rayos de luz negra de un Sol que baila para ella.

Al filo del amanecer nos alcanzó el delirio. Seguía bailando. Frenético ya. Como si buscara la muerte en el baile. Desesperadamente. Muchos comenzaron a jalearle, con palmas, con voces, en un crescendo catártico, que nos hizo intervenir a todos, con gestos, con gritos. Unos caían de rodillas, otros saltaban de alegría, varios sufrieron desmayos, algunos llegaron al trance. Todos, finalmente, acabamos por estrechar el cerco en torno al bailarín, que, jadeante, sudoroso, descalzo y con sangre en los pies, bailaba

y bailaba y bailaba: como un brujo, como un santo, como un loco. Hasta que, al abrirse el círculo: ya no estaba. Sencillamente. Había desaparecido. La Luz del día penetraba en el recinto. A la chica, la Luna, la encontré desvanecida detrás de la barra. Para cuando conseguí reanimarla, la discoteca estaba vacía. Todos se habían ido, sin mediar una palabra. Algo sin duda extraño. Ella ya no era la misma mujer, enigmática y seductora de hace un rato. Volvía a ser fea, viroja y dentada. Entonces, adivinando mi inquieto pensamiento me lo contó:

- A lo que veo, eres el único que no está al corriente de lo que sucede aquí, cada año en Nochevieja.

- No me digas que todo estaba preparado.

- No, querido, todo está predestinado. Hace siete años exactos, ese muchacho y yo quisimos pasar al otro barrio con una sobredosis de heroína. Cuando nos descubrieron, estábamos los dos clínicamente muertos. Sin embargo en el hospital nos revivieron, yo no sé por qué malditos medios ni por qué motivos. Desde entonces viene cada año buscando su muerte y la mía. En vano. La gente que acude y que lo sabe nos secunda, pero en vano. Y lo peor es que seguiremos intentándolo, siempre en vano. Porque ambos estamos condenados a no morir eternamente.

